Ese era mi abuelo.

José Tito Godoy nunca creyó en Dios. La finca donde siempre ha tenido que trabajar la maleza, con rula en mano y su termo de aguapanela, refleja ya el cansancio de un cuerpo envejecido. Está solo desde hace ya varios años, varado en los recuerdos de la parcela. La maleza seguiría creciendo con voracidad para comerse la entrada de los potreros. Pero ya no tenía la energía de antaño para acabar con ella. Solo la mantenía a raya de ser una selva.

A cierta edad, ya pocas cosas le sorprendían. Mucho menos los cuentos de Oscar, el patrón de la finca, -que en paz descanse- que venía a darle consejos y novedades del otro mundo, historias de cuando estaban juntos y algún que otro susto. Tito lo recibía con normalidad, pues su compañía le agradaba.

Brujas, duendes, lechuzas que se convierten en mujeres, bolas de fuego en el cielo. Nunca ha sido dado a creer en esto, menos en Dios, pero, ¿cómo habría de? Si dios lo ha hecho comer mierda los últimos 74 años de su vida.

Desde los 7, machete en la mano, a los 14, bultos de cosecha al hombro camino al pueblo, cámbiaselos por pescados y quedándose el vuelto en secreto. Y a los 17, el papá de don Oscar abusó de él. Y de don Oscar también.

En una escala de grises y negros en su vida, la única alegría había sido el hijo que Blanca le había dado. Si, Blanca, la del aseo. Blanca concibió a Wilson, el único hijo de Tito que había sobrevivido al parto, pues de 3, 2 se asfixiaron en una jugada de inexperiencia, intentando dar a luz una camada de niños en medio de las planicies de Puerto Berrío.

Wilson era cojo, un niño sano; pero cojo. Aun así, era su niño, que, al sostenerlo entre sus brazos, le ayudó a sobrellevar el tormento de los años. Cuando Blanca muere, con Wilson en sus brazos, una afroamericana color carboncillo es contratada en la finca, experta en partos de ganado y un tanto más en crianza de niños prestados. Le enseñó a Tito como cuidar al pequeño Wilson. Pero ni el amor incondicional que solo un hijo puede otorgar, lo salvó de la tristeza.

Nunca le alcanzó ni para cambiar los zapatos de cuero que el papá de don Oscar le había regalado. Sabia que no estrenaba ropa desde los tiempos del ruido, mamá negra (como terminó por llamar a su compañera) se lo recordaba, quizás demasiado, aunque su compañía le agradaba. Y fue así como realmente aceptó que en la pobreza se encuentra el amor.

Tampoco lo sorprendió ese amor. Nunca se lo preguntó, pero entre la intriga al descubrir sus intenciones, las artimañas y las tardes tomando agua de panela, lo encontró. Tuvieron a Cesar, el segundo hijo de Tito.

Aun así, ni cuando la guerrilla entró a la finca y los mató a todos, ni siquiera ahí; sintió dolor. Ya se había acostumbrado a la tristeza.